



Posicionamiento: *El Estado de Derecho vs. el Caudillismo.*

Honorable Presidencia, compañeras y compañeros legisladores, medios de comunicación.

Hoy subo a esta tribuna para hablar desde el dolor, desde la indignación y, sobre todo, desde la responsabilidad que este momento histórico exige. Recientemente, un hecho violento volvió a cimbrar nuestra vida pública y reavivó un debate profundo sobre el rumbo del país. La violencia nunca debió ser una plataforma política, ni un símbolo de identidad, ni un espectáculo en redes sociales.

Lo ocurrido exige la crítica a un modelo de liderazgo que, disfrazado de valentía, recae en prácticas caudillistas: aquella idea de que “echarse para adelante”, subirse a las patrullas, salir en helicóptero a “buscar delincuentes”, o mostrarse públicamente como justicieros solitarios, es la forma de reconstruir la seguridad. Esa narrativa, lejos de resolver, agrava los problemas; es testosterona convertida en política pública, y eso es tan peligroso como inútil.

No se necesita estudiar mucho para entender que esa estrategia no funciona. Ya lo vivimos durante el sexenio de Felipe Calderón, cuya guerra dejó un legado de desaparecidos, muertos, viudas, huérfanos y un país fracturado. Ese modelo no pacifica: destruye. Ese modelo no da justicia: la anula. Ese modelo no regresa el orden: nos regresa a la barbarie.

Y peor aún: ese guiño al caudillismo nos transporta a tiempos oscuros, muy similares al tristemente célebre “mátalos en caliente” de Porfirio Díaz. México luchó durante décadas por tener instituciones, un Ministerio Público, tribunales y jueces; por dejar atrás la justicia por mano propia, la ley del más fuerte y los linchamientos impulsados por el clamor popular.



Volver a eso sería retroceder más de cien años. Sería traicionar a quienes dieron su vida para construir un Estado de Derecho.

Compañeras y compañeros: a todas y todos nos duele profundamente la pérdida de nuestros hermanos y hermanas en este estado. Pero si queremos soluciones reales, debemos recordar algo fundamental: la culpa es un concepto religioso; la responsabilidad, un principio republicano. Buscar culpables es fácil. Asumir responsabilidades, en cambio, incomoda. Pero eso es exactamente lo que hoy nos toca hacer.

Y empecemos por vernos al espejo: ¿Qué hemos hecho nosotras y nosotros, como legisladores, para prevenir la violencia?

¿Dónde está el programa legislativo serio de la LXXVI Legislatura para atender la inseguridad?

¿Cuántas iniciativas siguen archivadas en comisiones?

¿Por qué la Comisión de Justicia, uno de los motores fundamentales del Congreso, se ha convertido en una congeladora legislativa?

Hoy lloramos la muerte de un compañero de lucha. Y sí, duele que no hayamos podido hacer nada para evitarlo. Pero ese dolor no debe paralizarnos; debe impulsarnos. Porque aún hay cientos de miles de familias en este estado que necesitan ser defendidas desde la legalidad, desde la razón y desde la política pública, no desde el impulso ni la bravura personal.

No bajemos la guardia. No detengamos el paso. Sigamos construyendo soluciones reales. Porque a diferencia del caudillismo que solo cambia la forma, la Cuarta Transformación ha demostrado que se pueden cambiar las causas:

Las Becas Benito Juárez, Jóvenes Construyendo el Futuro, la Pensión de



Adultos Mayores y los programas integrales que atienden a quienes antes fueron invisibles son ejemplos de una estrategia que no se queda en las ramas, sino que empieza en la raíz.

Compañeras y compañeros: cierro esta participación con absoluta firmeza.

No necesitamos más caudillos.

No necesitamos líderes guiados por la testosterona.

No necesitamos patriarcas disfrazados de soluciones.

Lo que necesitamos son instituciones sólidas, construidas desde abajo, que sirvan verdaderamente a la ciudadanía. Instituciones que respeten la ley, que protejan la vida, que garanticen justicia. Y, sobre todo, necesitamos recordar una verdad profunda:

Solo el pueblo puede salvar al pueblo.

Es cuanto, muchas gracias.